

☞ CARLO GINZBURG ☞



Nuestras palabras y las suyas¹. *Una reflexión sobre el Oficio de Historiador, hoy*²

Imago Mundi

Imago Mundi

Imago Mundi

Imago Mundi

Imago Mundi

“Y es que la química tenía la gran ventaja de dedicarse a realidades que, por su propia naturaleza, son incapaces de nombrarse a sí mismas”.

Marc Bloch.

1. En sus reflexiones metodológicas, publicadas póstumamente como *Apología para la historia o el Oficio de historiador*, Marc Bloch decía: “Para desgracia de los historiadores, los hombres no suelen cambiar de vocabulario cada vez que cambian de costumbres”³.

El resultado de esta divergencia es la ambigüedad semántica. Esto puede ser ilustrado con una palabra que es

fundamental en nuestro vocabulario intelectual y emocional, la palabra 'libertad', cuya variedad de significados ha estado por mucho tiempo en el centro de las preocupaciones de Marc Bloch. Y una mirada más cercana de estas últimas, tal vez podrá aclararnos su irónicamente enfática referencia a esa 'desgracia' de los historiadores, respecto del desfase entre la permanencia de las palabras y sus cambiantes significados. Bloch mencionó a los historiadores pensando sobre todo en sí mismo, pero nosotros creemos que sus reacciones personales tenían raíces más distantes y mucho más complejas.

2. “Historia”, del griego *historia*, es otra palabra de nuestro vocabulario que aún cuando haya sido traducida a varias lenguas, ha permanecido igual a lo largo de

CARLO GINZBURG/NUESTRAS PALABRAS Y LAS SUYAS. UNA REFLEXIÓN ... CARLO GINZBURG/NUESTRAS PALABRAS Y LAS SUYAS. UNA REFLEXIÓN ...



¹ Este texto de Carlo Ginzburg, constituye una brillante reflexión que intenta prolongar varias de las pistas intelectuales planteadas por Marc Bloch en varios de sus textos, incorporando para ello entre otros referentes algunos de los aportes de la lingüística. *Contrahistorias* lo entrega aquí a sus lectores en esta traducción del inglés al español de América Bustamante Piedragil y Carlos Alberto Ríos Gordillo.

² He presentado diferentes versiones de este texto en Roma (Università della Sapienza), Be'er Sheva (Ben-Gurion University), Los Ángeles (Department of History, UCLA) y Berlín (Freie Universität). Agradezco a Andrea Ginzburg, Christopher Ligota, Perry Anderson, y especialmente a Simona Cerruti por sus comentarios críticos.

³ Bloch, Marc, “Apologie pour l'histoire ou Métier d'Historien” en *L'Histoire, la Guerre, la Résistance*, Ed. Gallimard, París, 2006, p. 872. He recordado este pasaje nuevamente al revisar el texto de F. Ciafaloni, “Le domande di Vittorio. Un ricordo di Vittorio Foa”, *Una città*, núm. 176, julio-agosto de 2010, pp. 42-43.

veinticinco siglos, aunque sus significados hayan cambiado⁴. Después de haber sido usada por físicos, anatomistas, botánicos y anticuarios, en un sentido que incluye tanto la 'descripción' como la 'investigación', la historia terminó siendo referida casi exclusivamente a la esfera de la acción humana, aún cuando algún trazo de esos usos previos pueda ser detectado en expresiones como la de la 'historia clínica' de un paciente. Esta limitación de su significado es el efecto secundario de un punto de inflexión, que puede ser identificado, simbólicamente, con el famoso pasaje de *Il Saggiatore* de Galileo:

La filosofía está escrita en ese inmenso libro, que se abre continuamente frente a nuestra mirada (Hablo del Universo). Pero este último no puede ser comprendido, a menos de que primero se haya aprendido a descifrar el lenguaje y a reconocer los caracteres en los que está escrito. Y ese libro está escrito en el lenguaje de las Matemáticas y sus caracteres son triángulos, círculos y otras figuras geométricas. Sin tales recursos, es imposible para nosotros los seres humanos el comprender una sola palabra de este Universo⁵...

No obstante las cercanas conexiones que Galileo tenía con científicos dedicados a un acercamiento no matemático del estudio de la naturaleza, él anunció que el lenguaje de la

naturaleza es, o estaba obligado a ser, el lenguaje de las Matemáticas⁶. Por el contrario, el lenguaje de la historia era, y ha sido siempre, desde los tiempos de Herodoto y hasta el día de hoy, un lenguaje humano, y de hecho, el lenguaje de la vida cotidiana, incluso cuando está apoyado por estadísticas y diagramas⁷. Porque las pruebas en las que el historiador confía más, en la mayoría de los casos están también escritas en ese lenguaje de la vida cotidiana.

Bloch reflexionó intensamente sobre esta contigüidad y sobre sus implicaciones. Por eso afirma que “la historia recibe su vocabulario”, según podemos leer en otra Sección de sus reflexiones póstumas, “la mayoría de las veces, de la materia misma de su estudio. Lo acepta ya gastado y deformado por un uso dilatado; además de que con frecuencia este vocabulario es ambiguo desde el principio, como todo sistema de expresión que no ha surgido del esfuerzo rigurosamente concertado de los expertos técnicos”⁸. Así, los historiadores se han topado con dos alternativas: o bien hacerse eco de esa terminología que es usada en los propios documentos y fuentes que son sus pruebas, o bien utilizar una terminología que es ajena a éstas. La primera alternativa, señala Bloch, no conduce a ninguna parte, ya que en ocasiones la persistencia de palabras intrínsecamente ambiguas termina por ocultar el cambio de sus significados, y



⁴ Pomata, Gianna and Nancy G. Siraisi, Eds., *Historia: Empiricism and Erudition in Early Modern Europe*, Ed. Harvard University Press, Cambridge Massachusetts, 2005.

⁵ Aquí estoy desarrollando una interpretación de este pasaje de Galileo, que ya he trabajado anteriormente en Ginzburg, Carlo, “Spie: radici di un paradigma indiziario”, en *Miti, Emblemi, Spie. Morfologia e Storia*, Ed. Einaudi, Turín, 1986, pp. 172–173.

⁶ Freedberg, David, *The Eye of the Lynx: Galileo, His Friends, and the Beginnings of Modern Natural History*, Ed. Chicago University Press, Chicago, 2002.

⁷ Ginzburg, Carlo, “Spuren einer Paradimgabelung: Machiavelli, Galilei und die Zensur der Gegenreformation” en *Spur: Spurenlesen als Orientierungstechnik und Wissenskunst*, editado por Sybille Kramer, Werner Kogge & Gernot Grube, Ed. Suhrkamp, Francfort, 2007.

⁸ Bloch, Marc, “Apologie pour l’histoire”, *Op. cit.*, p. 959.

en otros casos, significados que son similares son ocultados por el uso de una multiplicidad de términos diversos. Nos queda entonces la segunda alternativa, que es riesgosa, ya que términos como 'sistema fabril', por ejemplo, podrían parecer más bien un sustituto para el análisis, y a partir de eso, **promover** el "anacronismo: el más imperdonable de todos los pecados, en una ciencia del tiempo"⁹. De modo que sólo los intercambios entre académicos y colegas, concluye Bloch, conducirán hacia la construcción de un vocabulario común para las ciencias del hombre. Pero inventar nuevas palabras es preferible a la tácita proyección de nuevos significados atribuidos dentro de los mismos términos usados comúnmente¹⁰.

Entonces, un vocabulario riguroso podría permitir a la historia hacer frente a esa debilidad intrínseca suya, que es la de que comparte el lenguaje de la vida cotidiana con la mayoría de sus pruebas, fuentes y evidencias. En este sentido, el retorno recurrente de la referencia sobre la terminología artificial de los químicos, que reaparece una y otra vez dentro de las páginas del texto de Bloch, habla por sí mismo, pues muy rara vez ha estado Bloch tan cerca de las posiciones del positivismo. Sin embargo, uno de los textos clásicos de este mismo positivismo, la *Introducción a la medicina experimental*, de 1865, de Claude Bernard,

Entonces, un vocabulario riguroso podría permitir a la historia hacer frente a esa debilidad intrínseca suya, que es la de que comparte el lenguaje de la vida cotidiana con la mayoría de sus pruebas, fuentes y evidencias.

un libro que Bloch menciona marcando frente a él ciertos desacuerdos, había señalado, en un párrafo titulado "La crítica experimental debe mirar a los hechos, no a las palabras", que la ambigüedad también amenaza a los lenguajes habituales de la ciencia:

Quando creamos una palabra para caracterizar un fenómeno, estamos de acuerdo en general en la idea que deseamos que ella

exprese y en el significado preciso que le estamos dando. Pero más tarde, con el progreso de la ciencia, el significado de la palabra cambia para algunos, mientras que para otros la palabra permanece en el lenguaje con su significado original. El resultado es a menudo tan discordante, que al emplear los hombres la misma palabra, están expresando ideas muy diferentes. Así que nuestro lenguaje, en efecto, es solamente aproximativo, e incluso en la ciencia es tan impreciso, que si perdemos de vista el fenómeno para concentrarnos más bien en las palabras, rápidamente estamos fuera de la realidad¹¹.

3. Pero ¿cuál es, desde la perspectiva del historiador, la relación entre las palabras –las palabras provenientes de las pruebas y evidencias– y la realidad? En la respuesta de Bloch a esta pregunta, se pueden detectar muchos elementos entrelazados. El primero de todos, una sensación aguda de la inadecuación o no coincidencia de las

CARLO GINZBURG/NUESTRAS PALABRAS Y LAS SUYAS. UNA REFLEXIÓN ... CARLO GINZBURG/NUESTRAS PALABRAS Y LAS SUYAS. UNA REFLEXIÓN ...



⁹ *Ibid.*, p. 969.

¹⁰ *Ibid.*, p. 971.

¹¹ Bernard, Claude, *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*. Ed. J.B. Baillière et Fils, París, 1865. p. 330 – 331. Bloch se refiere a este mismo libro de Claude Bernard en su "Apologie pour l'histoire", *Op.cit.*, p. 831, y p. 908.

palabras *vis-à-vis* de aquello que las ha generado, es decir de las pasiones, los sentimientos, los pensamientos y las necesidades. Bloch ejemplifica esta no coincidencia evocando un caso extremo:

*¡Cuán instructivo podría ser si, dirigidas al Dios de antaño o al actual, pudiésemos escuchar las verdaderas plegarias dichas por los propios labios de los más humildes! Suponiendo, por supuesto, que ellos sabían cómo expresar los impulsos de su corazón sin mutillarlos. Porque aquí yace, en última instancia, el gran obstáculo. Nada es más difícil para un hombre que expresarse acerca de sí mismo (...) Así que los términos más usuales no son más que aproximaciones*¹².

Estas palabras, basadas en su propia experiencia de investigación, no estaban inspiradas en el escepticismo, sino más bien todo lo contrario. La clara conciencia de esa inadecuación de cada palabra, ya fuese escrita o hablada, le sugirió a Marc Bloch las estrategias indirectas que le permitieron leer las fuentes medievales a contrapelo. A este respecto, podemos recordar las magníficas páginas de *Los reyes taumaturgos* dedicadas a los hombres y mujeres afectados por las escrófulas, que viajaban enormes distancias, anhelantes de recibir el toque milagroso de manos de los reyes¹³. Pero esa misma conciencia fue la que reforzó su involucramiento hacia una historia comparativa, basada, como en el caso de *Los reyes taumaturgos*, en categorías y términos inevitablemente distantes de los que eran usados en los documentos y las pruebas

recabadas por el historiador.

4. Estos elementos sobresalen en el ensayo de 1928 titulado “Para una historia comparada de las sociedades europeas”, que es una suerte de manifiesto metodológico que todavía sigue siendo un punto de referencia indispensable¹⁴. En la conclusión de este ensayo, Bloch evoca el prejuicio persistente que identifica a la historia comparativa con la búsqueda de las analogías, incluyendo las más superficiales. Pero el punto central de la historia comparativa, insiste Bloch por el contrario, es el de enfatizar la especificidad de las *diferencias* entre los fenómenos que están siendo comparados. Para lograr este propósito, deben dejarse de lado todas las falsas similitudes, por ejemplo, respecto de los 'dominios señoriales territoriales' en la Edad Media Europea, hay que cuestionar la supuesta equivalencia entre el *villainage* inglés y el *servage* francés. A decir verdad, algunas intersecciones son innegables:

*El siervo ('serf') y el villano ('villain') son considerados, tanto por los juristas como por la opinión común, como individuos privados de "libertad", a tal grado que ambos son calificados, en ciertos textos latinos, como servi... entonces los estudiosos, a partir de esta falta de "libertad" y de su nombre servil, no dudan en compararlos con los esclavos romanos*¹⁵.

Pero esto, según Bloch, es una analogía superficial, ya que la categoría de los no libres, en lo que toca a su contenido, está



¹² Bloch, Marc, “Apologie pour l’histoire”, *Op. cit.*, p. 965.

¹³ Bloch, Marc, *Les rois thaumaturges*, Ed. Gallimard, París, 1983, pp. 89–157.

¹⁴ Bloch, Marc, “Pour une histoire comparée des sociétés européennes”, en *Mélanges Historiques*, vol. I, Ed. S.E.V.P.E.N., París, 1963.

¹⁵ *Ibid.*, p. 28.

sometida a múltiples variaciones en los diferentes tiempos y espacios¹⁶. En resumen, tenemos dos contextos geográficos diferentes, el inglés y el francés, y dos palabras diferentes, *villain* y *serf*. Los juristas y sabios medievales los consideraban rutinariamente como *servi*, el mismo término empleado para designar a los esclavos romanos, a partir de lo cual se asumía que tanto los *villains* como los *serfs* y los *servi*, todos ellos estaban desprovistos de su libertad. Bloch rechazó esta conclusión por superficial, amparado en un argumento propuesto por varios eruditos, entre ellos Paul Vinogradoff, el gran medievalista anglo-ruso, que afirmaba que hacia el año 1300 aproximadamente, los *villains* se habían unido a la categoría de “arrendatarios libres”, mientras que en el mismo período en Francia esos “arrendatarios” eran claramente diferenciados respecto de los *serfs*. Y Bloch delinea estas trayectorias históricas divergentes, concluyendo que:

*En el siglo XIV, el siervo francés y el villano inglés ya pertenecían a dos clases completamente diferentes. ¿Es útil entonces compararlos? Ciertamente, aunque esta comparación terminará por mostrar en ellos rasgos completamente diferentes, sugiriendo una notable divergencia en el desarrollo de estas dos naciones*¹⁷.

Aquí, como en otros párrafos del mismo ensayo, Bloch utilizó la palabra “clases” para identificar dos realidades sociales diferentes, confundidas erróneamente por los juristas medievales. Pero su comentario sobre las normas asumidas por los juristas ingleses, que atribuían un menor grado de libertad a

aquellos individuos sólo porque tenían que realizar actividades agrícolas pesadas o *corvéés*, iba dirigido en un sentido diferente. “Estas normas”, escribe Bloch:

*...estaban lejos de ser una creación original. Esos juristas simplemente adecuaban sus puntos de vista a todo un estrato de representaciones colectivas, elaboradas confusamente hace mucho tiempo, dentro de las sociedades medievales tanto del Continente como de las Islas británicas. Pues esa idea de que los trabajos agrícolas eran incompatibles con la libertad, deriva de hábitos mentales muy antiguos, ejemplificados por las palabras opera servilia, las que eran aplicadas por los bárbaros a este tipo de trabajos*¹⁸.

Abandonando el campo de la terminología derivada de los propios documentos, Bloch se mueve abruptamente hacia un terreno más frágil e hipotético, el de “las representaciones colectivas”. Esta noción está tomada de Emile Durkheim, quien es mencionado enfáticamente en una nota a pie de página. Y en un pasaje previo, Bloch había aludido a “un viejo y ampliamente olvidado legado de representaciones populares”¹⁹.

La libertad y la servidumbre en la Edad Media, vistas desde una perspectiva de larga duración, reaparecen nuevamente unos años después en otro ensayo de Bloch. En algunos casos, los términos jurídicos referidos a la servidumbre no se modificaron, pero sus significados, como lo subraya Bloch, fueron experimentando con el tiempo variaciones imperceptibles, tal y como lo demuestran los documentos carolingios. Entonces esos términos muestran toda una serie de



¹⁶ *Ibid*, p. 28.

¹⁷ *Ibid*, p. 30.

¹⁸ *Ibid*, p. 31.

¹⁹ *Ibid*, p. 30, nota 1, y p. 29, nota 2.

desfases, “obviamente inconscientes”, que deben ser considerados como tales. En este sentido, los lingüistas han señalado que en un cierto momento, la palabra *labourer* ('trabajar'), asumió el significado de “arar”, proveniente de la palabra en latín *arare*²⁰. Siguiendo el ejemplo de los lingüistas, escribe Bloch, los historiadores deben evitar remplazar las interpretaciones que nos son dadas por el propio pasado con las interpretaciones propias²¹.

Pero esta es una afirmación un tanto inesperada. En un pasaje del ensayo previamente mencionado, Bloch ha refutado la infundada similitud de la servidumbre medieval con la esclavitud antigua, inspirada simplemente en la palabra en latín *servi*. Sin embargo, se puede argüir que el hecho de reconstruir las perspectivas de los juristas, y a la vez subrayar sus limitaciones, no son objetivos incompatibles. Y aun hay más. El ensayo en el que Bloch llama a los historiadores a tomar a los lingüistas como modelo a seguir, se titula “Libertad personal y Servidumbre personal en la Edad Media, particularmente en Francia. Una contribución al estudio de las clases”, 1933. Para Bloch, la “clase”, una categoría moderna, lejos de borrar las categorías propuestas por los juristas medievales, las reubicaba dentro de una perspectiva que es la nuestra, no la de ellos. Y este punto es subrayado en el pasaje final del ensayo:

Así, todo nos conduce nuevamente a la misma lección. Dado que las instituciones humanas son realidades de orden psicológico, entonces una clase no existe más que por la idea que nos hacemos de ella. Escribir la historia de

*la condición servil, es ante todo reconstruir dentro de la curva compleja y cambiante de su desarrollo, la historia de una noción colectiva: la de la privación de la libertad*²².

No necesitamos repetir que esta interpretación psicológica de lo que es una “clase”, propuesta por Bloch, puede ser aceptada, debatida o rechazada según los emplazamientos de las diferentes categorías de análisis reivindicadas. Pero sus reflexiones generan una pregunta de orden más general: ¿cuál es la relación entre las categorías del observador y las categorías del actor, siendo estas últimas las que recuperamos de los propios documentos medievales? A la que sigue de inmediato otra cuestión. Ya que si los juristas medievales eran al mismo tiempo observadores y actores, entonces ¿cuál es la relación entre la representación de la servidumbre propia de los juristas, de un lado, y del otro, la representación de la servidumbre propia de los siervos?

5. Esta última pregunta, que Bloch no formula de manera explícita, emerge inevitablemente de su propia investigación. En este punto, debo hacer un paréntesis personal. Leyendo *Los Reyes Taumaturgos* en 1959, cuando tenía veinte años, me convencí de que debía intentar aprender el oficio de historiador. Unos meses después, decidí dedicarme al estudio de los juicios en contra de la brujería, enfocándome más bien en estudiar a los hombres y mujeres que se enfrentaban a los jueces, y no a las persecuciones en sí mismas. Esta inclinación se debió a la lectura de otros textos, tales como *Los Cuadernos de la cárcel*, de Antonio



²⁰ Bloch, Marc, “Liberté et servitude personnelles au Moyen âge, particulièrement en France: contribution à l'étude des classes.”, en *Mélanges historiques*, vol. I, Ed. S.E.V.P.E.N., París, 1963, especialmente p. 332.

²¹ *Ibid.*, p. 327-328.

²² *Ibid.*, p. 355. Cfr. también Ginzburg, Carlo, “A proposito della raccolta dei saggi storici di Marc Bloch”, *Studi medievali*, VI, 3, (1965), 335-353.

Gramsci, la novela *Cristo se detuvo en Eboli*, de Carlo Levi o *El mundo mágico*, de Ernesto de Martino, y también a los punzantes y difíciles recuerdos de la persecución racial. Pero sólo después de muchos años me di cuenta de que mi experiencia vivida como niño judío durante la guerra, fue lo que realmente me llevó a identificarme con esos hombres y mujeres acusados de brujería²³.

Siguiendo el consejo de mi mentor, Delio Cantimori, empecé a estudiar los juicios de la Inquisición (muchos de ellos referentes a la brujería o a crímenes relacionados con ella) resguardados en el Archivo Estatal de Módena. Después extendí mi búsqueda a otros archivos, aunque de un modo muy errático, dado que en verdad no tenía aún una agenda demasiado especificada. Así, a principios de la década de 1960, leyendo los registros de los procesos inquisitoriales del Archivo Estatal de Venecia, llegué a un documento que era, como lo percibí de inmediato, completamente anómalo: unas pocas páginas, fechadas en 1591, que registraban el proceso a Menichino della Nota, un joven pastor de Friuli. Menichino respondió a las preguntas del inquisidor diciendo que él era un *benandante*. Pero el significado de esta palabra era desconocido para mí, igual que lo era para el inquisidor, quien aparentemente escuchó con asombro la historia de ese acusado. Menichino decía

Este fue el resultado de un choque cultural lleno de violencia, en este caso y sobre todo, simbólica. El prestigio de los inquisidores, así como la inminente amenaza de tortura y de muerte en la hoguera, condujeron una vez más a lo ineluctable.

que, puesto que había nacido con una “camisa”, estaba obligado a dejar su cuerpo tres veces al año, “en forma de humo”, viajando con los otros *benandanti* para pelear “por la fe en contra de las brujas” en la pradera de Josaphat. “Cuando ganan los *benandanti*”, él concluía, “es señal de que habrá una buena cosecha”²⁴.

Hace muchos años llevé a cabo un análisis retrospectivo de mis reacciones frente a ese documento, al cual llegué por pura suerte, y que fue el primero de casi cincuenta juicios que descubrí más tarde en el Archivo Eclesiástico de Udine. Todos ellos vuelven sobre una palabra –*benandante*– que generaba preguntas de parte de los Inquisidores y las respuestas dadas por los acusados han sido registradas con un detalle extraordinario. Esos juicios muestran que los Inquisidores pronto se hicieron su propia idea: los *benandanti*, que aseguraban que sus espíritus luchaban contra brujas y hechiceros, eran en realidad, ellos mismos hechiceros. Pero ser acusados así, provocó rechazos y denegaciones indignadas de parte de esos *benandanti*, quienes insistieron en describir su “profesión”, como ellos la llamaban, en ocasiones con orgullo, y a veces como el resultado de un destino oscuro e inexorable. Aunque finalmente, después de cincuenta años de investigaciones, aquellos que creyeron primero que estaban peleando del lado del bien, terminaron por aceptar la imagen hostil que de ellos mismos habían construido sus

CARLO GINZBURG/NUESTRAS PALABRAS Y LAS SUYAS. UNA REFLEXIÓN ...  ... CARLO GINZBURG/NUESTRAS PALABRAS Y LAS SUYAS. UNA REFLEXIÓN ...



²³ Ginzburg, Carlo, “Brujas y Chamanes”, en *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Ed. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2010, pp. 413–432.

²⁴ Ginzburg, Carlo, *Los benandanti. Brujería y cultos agrarios entre los siglos XVI y XVII*, Ed. Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2005, pp. 85 – 87.

propios interrogadores. Este fue el resultado de un choque cultural lleno de violencia, en este caso y sobre todo, simbólica. El prestigio de los inquisidores, así como la inminente amenaza de tortura y de muerte en la hoguera, condujeron una vez más a lo ineluctable.

En un libro que publiqué en 1966, analicé las historias contadas por esos *benandanti* como un fragmento de la cultura campesina que fue lentamente tergiversado por esa imposición de los estereotipos inquisitoriales. Este argumento se basaba en las acaloradas discusiones desarrolladas entre los acusados y los inquisidores, acerca del verdadero significado de la palabra *benandante*. Pues lo que hacía tan valiosa para el historiador, esa extraordinaria evidencia proveniente de la zona de Friuli, era la verdadera ausencia de comunicación entre dos partes enganchadas dentro de un diálogo dramáticamente desigual.

Después de muchos años, trate de resumir lo que había sido ese trabajo mío sobre los procesos de hechicería. Y en ese momento me di cuenta de que mi acercamiento a los jueces, ya fueran civiles o eclesiásticos, había sido inadecuado. Pues su comportamiento en ocasiones estaba marcado por un intento genuino de encontrar el sentido de las creencias y actos de los acusados, aunque con el propósito, por supuesto, de erradicarlos. Porque a veces la distancia cultural puede ser capaz de generar reales intentos de entender, de comparar, o de traducir.

Al respecto, permítanme recordar un caso extremo, aunque muy esclarecedor. En 1453, el obispo de Brixen, el filósofo Nicolás de Cusa, escuchó las historias de dos ancianas de un valle cercano. Y en un sermón ofrecido poco tiempo después, describió a esas mujeres como “medio locas” (*semideliras*), ya que habían homenajeado a

una diosa nocturna que llamaban “Richella”, derivado de la palabra riqueza. El docto obispo identificó a Richella con Diana, o Abundia, o Satia, es decir con nombres mencionados en las secciones de las Enciclopedias medievales y en los Tratados de Leyes canónicas relativas a las supersticiones populares²⁵. Este ejercicio hermenéutico no era excepcional, ya que Jueces e Inquisidores menos ilustres nos habían legado desde antes diversos compendios y traducciones que, contenidas como en una serie de cajas chinas metidas las unas en las otras, estaban disponibles para el intérprete moderno, en este caso, para mí. Así que con cierta desazón descubrí, más allá de mi identificación emocional con las víctimas, también una perturbadora cercanía intelectual con sus acusadores, lo que era una complicada situación que traté de analizar en un ensayo titulado “El inquisidor como antropólogo”²⁶.

6. No puedo imaginar la dirección que hubieran tomado mis investigaciones, y en primer lugar la que lleve a cabo en los Archivos de Friuli, si no me hubiera topado con los escritos de Marc Bloch. En retrospectiva, estoy tentado a comparar los sueños rituales de los *benandanti* con las “verdaderas plegarias” de los humildes evocadas por Marc Bloch, siendo ambas experiencias interiores que las palabras (documentadas en el primer caso, e imaginadas en el segundo) registran de una manera inevitablemente inadecuada. En el caso de los *benandanti* nos enfrentamos a palabras pronunciadas a instancias del Inquisidor y luego transcritas por los notarios de ese Inquisidor, lo que configura un contexto conflictivo (aunque reglamentado por la ley) que debe ser



²⁵ Ginzburg, Carlo, *Historia nocturna. Un desciframiento del Aquelarre*, Ed. Muchnick, Barcelona, 1991.

²⁶ Ginzburg, Carlo. “El Inquisidor como Antropólogo” en *Tentativas*, Ed. Universidad Michoacana, Morelia, 2003.

tomado en cuenta, aun cuando no por eso la evidencia es menos relevante.

Me inclino a creer que ningún historiador hubiera obviado un conflicto tan evidente. Mucho menos obvio, en mi opinión, era la percepción, de la cual me percaté muchos años después, de mi cercanía con los Inquisidores. Quizá esta cercanía se impuso por sí misma en mi mente, sólo cuando me fui haciendo consciente de las profundas raíces subyacentes a mi elección preliminar, las que desde el principio habían dado forma a mi proyecto de investigación.

Identificación emocional con las víctimas, cercanía intelectual con los Inquisidores: estamos bastante alejados de los elementos que en el modelo de la investigación histórica descrito por Bloch, parecían acercarnos al positivismo. En sus reflexiones sobre la nomenclatura, el conflicto aparece sólo del lado del actor: por ejemplo, en sus comentarios sobre un fenómeno comparativamente reciente, como lo es el de la conciencia de clase, ya sea la de los trabajadores del siglo veinte o la de los campesinos en vísperas de la Revolución Francesa²⁷. Pero del lado del lenguaje del observador-historiador, que Bloch desea acercar, tanto como sea posible, al lenguaje neutral y objetivo de las ciencias naturales, el conflicto nunca es mencionado.

En la perspectiva que estoy defendiendo, una actitud crítica y distanciada puede ser concebida como un objetivo a alcanzar, pero no como un punto de partida. Así que aunque el objetivo final no es el mismo que el de Bloch, los caminos principales que conducen a ese objetivo si son los mismos. A la luz de la riesgosa proximidad entre el lenguaje del historiador y el lenguaje de las

pruebas y los documentos, la esterilización de los instrumentos de análisis se vuelve más urgente que nunca, y especialmente en aquellos casos que despliegan una mayor cercanía entre el observador y los observadores-actores (el Inquisidor como antropólogo, o el Inquisidor como historiador).

7. Estas reflexiones retrospectivas sobre la investigación que realicé en los Archivos de Friuli en los años sesentas y setentas, están parcialmente inspiradas en mi tardío encuentro con los escritos de Kenneth L. Pike. El lingüista, antropólogo y misionero americano, enfatizó la oposición entre dos niveles de análisis: el del observador y el del actor, denominados, respectivamente, como *etic* (de fonética) y *emic* (de fonémica). Empezando con el lenguaje, Pike estableció una “Teoría unificada de la estructura del comportamiento humano”, lo que es el título de su trabajo más ambicioso, publicado originalmente en tres partes, entre 1954 y 1960, y reimpresso en una versión revisada y aumentada, en 1967.

El punto de vista *etic*, explica Pike, examina lenguajes y culturas en una perspectiva comparativa, mientras que el punto de vista *emic*, es “específico culturalmente, aplicado sólo a un lenguaje o a una cultura en cada ocasión”²⁸. Pero esta oposición estática y más bien dudosa, es retrabajada posteriormente dentro de una perspectiva dinámica más efectiva:

La presentación preliminar contra la presentación final: aquí la información etic es la que nos brinda acceso al sistema, es decir, al punto de partida del análisis. Todo esto nos da ciertos resultados tentativos, unidades

CARLO GINZBURG/NUESTRAS PALABRAS Y LAS SUYAS. UNA REFLEXIÓN ...  CARLO GINZBURG/NUESTRAS PALABRAS Y LAS SUYAS. UNA REFLEXIÓN ...



²⁷ Bloch, Marc, “Apologie pour l’histoire”, *Op. cit.*, p. 966.

²⁸ Un eco de esta definición, puede verse en Subrahmanyam, Sanjay, “Monsieur Picart and the Gentiles of India”, en *Bernard Picart and the First Global Vision of Religion*, Ed. The Getty Research Institute, Los Angeles, 2010, especialmente la página 206: *etic*, i.e. “universalista” contra *emic*, i.e. “internalista”.

*tentativas. Sin embargo, el análisis final o presentación, debería ser en unidades emic. En el análisis total, la descripción etic inicial es refinada gradualmente y finalmente –en principio, aunque probablemente nunca en la práctica– es remplazada por una descripción que es totalmente emic*²⁹.

La mayoría de los historiadores, familiarizados con las reflexiones matizadas y sofisticadas de Bloch, reaccionarían con algo de impaciencia ante estas afirmaciones, estimándolas como excesivamente abstractas. Y es verdad que Pike no se dirigía a los historiadores, sino a los lingüistas y a los antropólogos³⁰. Ya que por mucho tiempo estos dos grupos han lidiado con la distinción entre los niveles *emic* y *etic*, mientras que los historiadores, al contrario, la han ignorado, con algunas pocas excepciones. (Yo mismo me percaté de la distinción *emic/etic* tan sólo hace veinte años, es decir veinte años después de la publicación de la obra magna de Pike.)³¹ Pero quizá no es insustancial intentar una

traducción del pasaje recién citado, utilizando ahora palabras asociadas a la investigación histórica. Y el resultado podría sonar algo como lo siguiente:

“Los historiadores parten de preguntas formuladas en términos que son inevitablemente anacrónicos. El proceso de investigación modifica esas preguntas iniciales sobre la base de nuevas pruebas y evidencias, a la vez que recupera ciertas respuestas que están formuladas y articuladas en el lenguaje de los actores, y relacionadas con las categorías que son propias de su sociedad, las que son absolutamente diferentes de las nuestras”.

Mi traducción de los “resultados tentativos” generados por la perspectiva *etic* –“Los historiadores parten de preguntas formuladas en términos que son inevitablemente anacrónicos”–, se hace eco de una afirmación planteada por Bloch³². Pero insisto en que aquí se habla de las preguntas, no de las respuestas, lo que es una distinción importante que ha sido omitida,



²⁹ Pike, Kenneth L, *Language in Relation to a Unified Theory of the Structure of Human Behavior*, Segunda edición revisada, Ed. Mouton, The Hague, 1967, pp. 37-39. La última oración de este párrafo es citada, para discordar de ella, en Harris, Marvin, “History and Significance of the Emic/Etic Distinction”, *Annual Review of Anthropology*, 5 (1976), 329–350, texto que termina con una crítica a la actitud de Claude Lévi –Strauss, calificado aquí de “obscurantista” y de inspirarse en el idealismo de Berkeley. Lévi –Strauss, cuyos enormes cuatro volúmenes titulados *Mitológicas* (1964-1971), acababan de aparecer, había rechazado esta distinción, afirmando que *etic* “no es más que la *emics* del observador”. Véase Lévi-Strauss, Claude, “Structuralisme et écologie”, en *Le regard éloigné*, Ed. Plon, París, 1983, pp. 143–166 y especialmente 161–162. Algunos comentarios útiles (aunque con el dato bastante extraño de que no se menciona el ensayo de Lévi-Strauss) se encuentran en Olivier de Sardan, Jean Pierre, “Emique”, *L’homme*, 147, 1998, pp. 151-166. Agradezco a Simona Cerruti por haberme señalado este aspecto. Mi propio desacuerdo con Harris, y en un nivel incomparablemente más alto con Lévi –Strauss, aparecerá en el argumento subsecuente de este mismo texto.

³⁰ “No soy un lingüista histórico”, escribió Pike en su artículo “On the Emics and Etics of Pike and Harris”, en *Emics and Etics: The Insider/Outsider Debate*, Ed. Sage Publications, Newbury Park, 1990, p. 40.

³¹ Ginzburg, Carlo, “Saqueso Rituales. Premisas de una investigación en curso” en *Tentativas*, *Op. cit.*, pp. 269-302. Una excepción relevante es la de Cerutti, Simona, “Microhistory: Social Relations versus Cultural Models?”, en *Between Sociology and History. Essays on Microhistory, Collective Action, and Nation-Building*, pp. 17–40. Sobre este ensayo, véase mi comentario en la nota al pie número 34.

³² “Los documentos tienden a imponer su nomenclatura, de modo que si el historiador los escucha, escribe bajo el dictado de una época que en cada ocasión es diferente. Pero por otra parte, naturalmente, él piensa desde las categorías de su propia época...”, Marc Bloch, “Apologie pour l’histoire”, *Op. cit.*, p. 959–960.

tanto por aquellos que enfatizan descuidadamente el papel del anacronismo en la investigación histórica, como también por aquellos otros que desprecian totalmente el anacronismo como una categoría adecuada³³. Pero lo que nosotros consideramos, es que uno inicia con preguntas *etic*, pero persiguiendo el objetivo de obtener respuestas *emic*³⁴.

Podríamos comparar mi traducción tentativa con una de las reglas del decálogo que Arnaldo Momigliano propuso hace muchos años, titulado “Las reglas del juego en el estudio de la Historia Antigua”. Pero esta regla se aplica a la historia de cualquier período:

Así, esa tensión entre nuestras preguntas y las respuestas que obtenemos de las pruebas y las evidencias debe mantenerse viva, a pesar de que esas evidencias y pruebas puedan modificar nuestras preguntas iniciales.

Tan pronto como entramos en el campo de la investigación histórica, el Judaísmo, el Cristianismo, el Islam, Marx, Weber, Jung y Braudel nos enseñan a someter las pruebas y evidencias a preguntas específicas, pero esto no afecta a las respuestas que esas evidencias y pruebas nos brindan. La arbitrariedad del

*historiador se desvanece tan pronto como él tiene que interpretar un documento*³⁵.

En mi opinión, el pasaje de Pike, mi traducción y la regla de Momigliano no difieren significativamente. Lo que si veo como una divergencia está en otra parte. Y es que el elemento residual *etic*, que según Pike

no puede ser eliminado, debería ser visto en términos positivos, como un elemento intrínseco de la actividad de traducción, la cual es etimológicamente un sinónimo de interpretación. Así, esa tensión entre nuestras preguntas y las respuestas que obtenemos de las pruebas y las evidencias debe mantenerse viva, a

pesar de que esas evidencias y pruebas puedan modificar nuestras preguntas iniciales³⁶. Ya que si esa diferencia entre nuestras palabras y las de ellos es preservada cuidadosamente, nos evitará caer en dos trampas: la de la empatía y la del ventriloquismo³⁷. Y de hecho, ambas están

CARLO GINZBURG/NUESTRAS PALABRAS Y LAS SUYAS. UNA REFLEXIÓN ...  ... CARLO GINZBURG/NUESTRAS PALABRAS Y LAS SUYAS. UNA REFLEXIÓN ...



³³ Véase, respectivamente, Loraux, Nicole, “Eloge de l’anachronisme en histoire”, en *Le genre humain*, junio de 1993, pp. 23–39; Didi –Huberman, Georges, *Devant le temps: Histoire de l’art et anachronisme des images*, Ed. de Minuit, París, 2000; Rancière, Jacques, “Le concept d’anachronisme et la vérité de l’historien”, *L’inactuel*, 6, 1996, pp. 53–68.

³⁴ “*Emic* es un método de análisis, no el contexto inmediato de la conducta”, escribe Simona Cerruti, criticando mi propia aproximación (“Microhistory”, *Op. cit.*, p. 35, subrayados del texto). Pero en mi opinión, la perspectiva *emic* sólo puede ser captada a través de la mediación de una perspectiva *etic*: he aquí el papel activo (que Cerruti encuentra arbitrario, *ibid.*, p. 34), jugado por el investigador en el proceso de investigación.

³⁵ Momigliano, Arnaldo, “Le regole del gioco nello studio della storia antica”, en *Sui fondamenti della storia antica*, Ed. Einaudi, Turín, 1984.

³⁶ Curiosamente, esta revisión de las preguntas iniciales se olvida en la versión del círculo hermenéutico de Clifford Geertz. Véase Geertz, Clifford, “From the Native’s Point of View’: On the Nature of Anthropological Understanding”, en *Local Knowledge: Further Essays in Interpretive Anthropology*, Ed. Basic Books, Nueva York, 1983, pp. 55–70.

³⁷ Sólo después de haber escrito estas páginas, me percaté de que la misma metáfora fue usada en Daston, L. and P. Galison, *Objectivity*, Ed. Zone Books, Nueva York, 2007, p. 257: “ser ventrílocuo con la naturaleza” (pero el contexto global es importante).

vinculadas, puesto que si asumimos la transparencia de los actores, terminamos por atribuirles nuestro lenguaje y nuestras categorías. Entonces el resultado es una distorsión insidiosa, que es mucho más peligrosa (porque es más difícil de ubicar), que las burdas afirmaciones anacrónicas, tales como la del *homo oeconomicus* y otras parecidas.

La palabra en latín *interpretes*, nos recuerda que cualquier interpretación es una traducción y viceversa. Por eso, este tema de la traducción afloró en los debates inspirados en los argumentos de Pike. Un grupo de reacciones a sus tesis fue publicado en un libro titulado *Emics and Etics: The Insider/Outsider Debate*, basado en un Congreso celebrado en Phoenix en 1988. Uno de los participantes, Willard Quine, el filósofo que se hizo famoso por sus reflexiones sobre la “traducción radical”, terminó su ponencia con las siguientes palabras:

Y todavía se mantiene, entre el afuera y el adentro, una asimetría vital. Nuestro compromiso responsable aunque efímero hacia nuestra ciencia, se extiende hacia lo que decimos sobre la cultura exótica, pero no abarca lo que los actores dicen dentro de ella.³⁸

La asimetría entre nuestras palabras y las

de ellos, enfatizada por Quine (y antes por Pike) ha sido experimentada también por los historiadores, como revela la frase “el pasado es un país extranjero”³⁹. No es de sorprenderse, después de todo, que dicha asimetría fuera establecida y teorizada por un antropólogo. La distancia, lingüística y cultural, que usualmente separa a los antropólogos de los llamados “nativos”, impide a los primeros asumir, como sí hacen en cambio, frecuentemente, los historiadores, que ya se han convertido en una suerte de íntimos de las personas con las que están tratando. Como lo he señalado antes, la ventriloquía es una enfermedad profesional a la que sucumben muchos historiadores, pero obviamente, no todos.

Alguna vez alguien habló de una antropología *emic*, comprometida específicamente en rescatar “el punto de vista nativo”, como Malinowski lo planteó⁴⁰. Por analogía, uno puede hablar de la existencia de una historiografía *emic*. Para ilustrarla, tres ejemplos espléndidos serán suficientes, y son los ensayos de Paul Oskar Kristeller y Augusto Campana, sobre los orígenes de la palabra “humanista”, y la escasamente conocida conferencia de Ernst Gombrich, sobre el Renacimiento como un período y como un movimiento⁴¹. Los tres intentan reconstruir las categorías de los actores en tanto distintas de las categorías de



³⁸ Quine, W. V., “The Phoneme's Long Shadow”, en *Emics and Etics: The Insider /Outsider Debate*, Ed. Sage Publications, Newbury Park, 1990, p. 167.

³⁹ Lowenthal, David, *The Past is a Foreign Country*, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

⁴⁰ Feleppa, Robert, “Emic Analysis and the Limits of Cognitive Diversity”, en *Emics and Etics: The Insider /Outsider Debate*, Ed. Sage Publications, Newbury Park, 1990, p. 110 y siguientes.


⁴¹ Kristeller, Paul O., “Humanism and Scholasticism in the Italian Renaissance”, en *Studies in Renaissance Thought and Letters*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 1956, pp. 553 - 583 (Véase también la Introducción, pp. XI–XII); Campana, Augusto, “The Origin of the Word 'Humanist'”, en *Scritti, I, Ricerche medievali e umanistiche*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 2008, pp. 263 – 281; Dionisotti, Carlo, “Ancora humanista–umanista”, en *Scritti di storia della letteratura italiana*, III, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 2010, pp. 365 – 370; Gombrich, Ernst H., “The Renaissance: Period or Movement”, en *Background to the English Renaissance: Introductory Lectures*, Ed. Gray –Mills Publishing, Londres, 1974, pp. 9 – 30 [Incluido también en este mismo número de *ContraHistorias*].

los observadores, siendo estas últimas, categorías que a menudo definen el pensamiento de un grupo que se extiende más allá del círculo de los historiadores profesionales. Al final de su ensayo, Campana señaló que recientemente (pero su texto está escrito en 1946), alguien había hablado de “un nuevo humanismo, con lo que la vieja palabra había sido impregnada de nuevos ideales. Así que los futuros filólogos e historiadores tendrán que lidiar con ellos”. Pero en un *postscriptum* publicado al año siguiente, Campana fue aún más duro, afirmando que él creía que Kristeller, en un ensayo que había escrito independientemente sobre el mismo tema, había demostrado que el concepto moderno de “humanismo del Renacimiento...era insostenible”⁴². Insostenible, por supuesto, desde un punto de vista filológico. Pero esto no nos impide a nosotros el utilizar categorías como “Renacimiento” (como el propio Campana lo hizo posteriormente)⁴³. Pero si debemos siempre estar alertas ante el hecho de que, por muy útiles que puedan ser, tales términos siguen siendo convencionales. De modo que todos aquellos que hacen tantos esfuerzos para descubrir y revelar las características intrínsecas del humanismo, el Renacimiento, la modernidad, el siglo veinte, están –para decirlo gentilmente– perdiendo su tiempo.

8. La dimensión *emic* que, a modo de experimento, he propuesto tratar de encontrar dentro de la historiografía, podría ser descrita también usando palabras más antiguas y más familiares, como las de

filología, o trabajo de los anticuarios (La antropología nació de esa actividad de los anticuarios, así que de este modo el círculo estaría cerrado). Pero una transferencia mecánica de la oposición entre *emic* y *etic* dentro del discurso historiográfico, podría resultar engañosa. Partiendo de su propia práctica, los historiadores podrían señalar que la dicotomía *emic/etic* es algo simplista. Pues como lo muestra mi caso Friuliano, tanto la dimensión *emic* como la *etic* son ambas teatros en conflicto: entre los inquisidores y los benandanti (en el primer caso), o entre académicos de distintas orientaciones (en el segundo). Pero ser conscientes de esta distinción *emic/etic* podría ayudar a los historiadores a liberarse de una orientación etnocéntrica, la que se ha vuelto una tarea cada día más urgente, dentro de un mundo caracterizado por la globalización, la cual es un proceso que ha estado desarrollándose durante siglos, pero que ha adquirido un ritmo realmente frenético en las últimas décadas.

Los historiadores deberían tener presente este reto, pero la pregunta es ¿cómo? Una respuesta ha sido propuesta por los debates en torno de los textos literarios. Podemos comenzar con el famoso ensayo de Erich Auerbach, “Filología de la Literatura Mundial”, publicado en 1952 y que hoy tiene casi un aura profética⁴⁴. Pero de una profecía sombría. Pues a mediados de la Guerra Fría, Auerbach vio una tendencia muy difundida hacia la homogeneidad cultural, un fenómeno que, más allá de sus obvias diferencias, afectaba a ambos bloques de esa guerra. Porque el mundo estaba haciéndose cada vez más parecido, e

CARLO GINZBURG/NUESTRAS PALABRAS Y LAS SUYAS. UNA REFLEXIÓN ...  CARLO GINZBURG/NUESTRAS PALABRAS Y LAS SUYAS. UNA REFLEXIÓN ...



⁴² Campana, Augusto, “The Origin of the Word 'Humanist'”, *Op. cit.*, pp. 280 - 281.

⁴³ *Ibid.*, p. 405.

⁴⁴ Auerbach, Erich, “Philologie der Weltliteratur”, en *Gesammelte Aufsätze zur romanischen Philologie*, Ed. Francke, Berna, 1962, pp. 310 – 310. Véase también la Introducción de Salvaneschi, Enrica y Endrighi, Silvio, en la versión italiana de esta obra, *Filologia della letteratura mondiale*, Ed. Book, Castel Maggiore, 2006.

incluso las naciones-Estado, que en el pasado habían sido agentes de la diferenciación cultural, habían perdido parte de ese poder. La cultura de masas (un término que Auerbach no usó, aunque esta era la idea esencial de su análisis) estaba difundiendo ampliamente a través de toda la superficie del planeta.

Una *Weltliteratur* o Literatura Mundial estaba emergiendo, pero dentro de un contexto completamente diferente al que fue imaginado por Goethe: una literatura mundial en la cual Europa tenía un papel marginal. Así, enfrentado con esta enorme expansión en espacio y tiempo, hasta un erudito de la amplitud de horizontes como era Auerbach, presintió la insuficiencia de sus instrumentos de análisis. Así que les dio algunos consejos a los jóvenes estudiosos de la literatura, consejos tanto negativos como positivos. Por un lado, les sugirió evitar el uso de conceptos generales como Renacimiento o Barroco, y también eludir las aproximaciones monográficas basadas en la obra de un solo autor. Por el otro lado, les recomendó buscar detalles específicos que pudieran servir como puntos de conexión (*Ansatzpunkte*).

Con estos consejos, Auerbach estaba refiriéndose al método que había inspirado su gran libro, *Mimesis*. Pero en 1952, las reflexiones que él había propuesto hacía poco menos de una década, en la conclusión de *Mimesis* fueron desarrolladas en una dirección distinta. Si la relevancia central de la tradición literaria europea ya no podía servir como referente seguro de nada, entonces el problema de la generalización pasaba a primer plano, aunque fuese implícitamente. Generalización, ¿pero

comenzando desde dónde y con qué propósito?

Hace algunos años, en un ensayo titulado “Conjeturas sobre la Literatura Mundial”, que muy curiosamente no hace mención a Auerbach, Franco Moretti se planteó audazmente estos problemas⁴⁵. Así, enfrentándose con el desafío representado por una cantidad ingente de textos, que ningún estudioso que trabaja en el campo de la literatura comparada podría llegar a dominar alguna vez, Moretti sugirió una solución drástica, la de la lectura de segunda mano. Entonces, los estudiosos comprometidos con esa aproximación comparatista de la literatura, construirían preguntas generales desde las cuales procesarían los insumos provistos por los otros estudiosos que trabajaban dentro de perspectivas más circunscritas, dedicados al análisis de una literatura nacional específica. De esta manera, el estudio comparativo de la literatura mundial debería estar basado no en la lectura cercana sino en la lectura distante.

Esta propuesta, planteada en un tono deliberadamente provocador, se apoyaba en un argumento extraído del ensayo de Marc Bloch, con el que comencé este artículo, el texto “A favor de una historia comparada de las civilizaciones europeas”. Así que una comparación entre los dos principales pasajes argumentales, primero el de Moretti, y después el de Bloch, puede ser de utilidad para nosotros. Aquí está el pasaje de Moretti:

Escribiendo acerca de la historia social comparativa, Marc Bloch acuñó en alguna ocasión un encantador 'slogan', como él mismo lo llamó: “hacen falta años de análisis para



⁴⁵ Moretti, Franco, “Conjectures on World Literature”, *New Left Review*, 1, enero – febrero de 2000, pp. 54–68, Arac, Jonathan, “Anglo-Globalism?”, *New Left Review*, 16, Julio – agosto de 2002, pp. 35–45, en donde se sugiere una lectura paralela de los ensayos de Moretti y Auerbach.

tener un día de síntesis”, y si uno lee a Braudel o a Wallerstein se da cuenta inmediatamente de lo que Bloch tenía en mente. El texto que es estrictamente obra de Wallerstein, su 'día de síntesis', ocupa un tercera o una cuarta parte, o a veces hasta la mitad de la página, mientras que el resto son citas (mil cuatrocientas, en el primer volumen de *El Moderno Sistema-Mundo*). Años de análisis, de los análisis de otra gente, que la parte de la página de Wallerstein sintetiza en un sistema⁴⁶.

“La antigua sentencia es siempre verdadera: años de análisis para un día de síntesis”, escribió Bloch. Y se refería a un pasaje de la Introducción que Fustel de Coulanges escribió en su libro *La Galia Romana*, publicado en 1875. En una nota al pie de página, Bloch escribió la cita exacta: “Para tener un día de síntesis, son necesarios antes años de análisis”. Pero ningún señalamiento del propio inventor de esta máxima célebre puede ser tan importante como lo es el comentario posterior del mismo Bloch:

*Pero esta máxima se cita con demasiada frecuencia, sin añadirle una corrección que resulta totalmente necesaria: el “análisis” sólo puede ser utilizado por la “síntesis”, si desde el principio aquél la ha tenido en cuenta y ha tratado de ponerse a su servicio desde el propio comienzo*⁴⁷.

La importante puntualización de Bloch apunta en dirección contraria a la lectura que de él hace Moretti⁴⁸. Uno no debería, al realizar una investigación monográfica, limitarse a acumular ladrillos, como lo piensan los positivistas, que tal vez después sirvan para construir un edificio que no existe en la propia mente, sino sólo en la

mente del arquitecto (o del profesor de literatura comparada). Por el contrario, las pruebas y evidencias deben ya ser recolectadas de acuerdo con un cuestionario que desde el inicio apunta hacia una aproximación sintética. En otras palabras, se tienen que abordar y resolver casos, que sean capaces de conducirnos hacia las generalizaciones. Pero dado que la mayoría de las pruebas han sido

recolectadas, filtradas o abordadas por investigadores anteriores, que han partido de preguntas diferentes de las nuestras, entonces la historia de la historiografía debe ser incorporada dentro de la investigación histórica. Mientras más grande es la distancia respecto de las fuentes primarias, mayor es el riesgo de quedar atrapados en las hipótesis propuestas o por los intermediarios, o por nosotros mismos, como actualmente sucede. En otras palabras, nos arriesgamos a encontrar sólo aquello que estamos buscando, pero nada más.

Esa lectura deformada del pasaje de Bloch

...esta máxima se cita con demasiada frecuencia, sin añadirle una corrección que resulta totalmente necesaria: el “análisis” sólo puede ser utilizado por la “síntesis”, si desde el principio aquél la ha tenido en cuenta y ha tratado de ponerse a su servicio desde el propio comienzo.



⁴⁶ Moretti, Franco, “Conjectures on World Literature”, *Op. cit.*, pp. 56-57.

⁴⁷ Bloch, Marc, “A favor de una historia comparada de las civilizaciones europeas”, *Op. cit.*, p. 143.

⁴⁸ El pasaje de Bloch es citado de primera mano, pero sin la valoración que le sigue inmediatamente, en Moretti, Franco, 'Prefazione 1999', en *Il romanzo di formazione*, Ed. Einaudi, Turín, 1999.

es especialmente sorprendente, dado que el mismo Moretti, en un brillante ensayo publicado simultáneamente al de “Conjeturas sobre la Literatura Mundial”, mostraba que la única manera de darse cuenta del desafío que representa la enorme e inmanejable masa de textos publicados y olvidados, es trabajando con un estudio de caso, en el análisis de primera mano sobre una limitada serie de textos, identificados a través de una pregunta específica. Este segundo ensayo, titulado “El matadero de la Literatura” (en alusión a un aforismo de Hegel), trata de un dispositivo literario que Conan Doyle, casi inconscientemente, colocó en el corazón de sus novelas policíacas: los indicios⁴⁹. Muchos años antes, yo mismo escribí un ensayo titulado “Indicios”, que trataba de Sherlock Holmes y de otros temas desde una perspectiva bastante diferente⁵⁰.

Si no me equivoco, ambos ensayos, el de Franco Moretti y el mío, implican el dispositivo conocido como “*mise en abyme*”: dado que los indicios, en tanto tema, son analizados por medio de una aproximación que también está basada en indicios, entonces los detalles terminan por repetir o replicar el todo⁵¹. Pero los indicios requieren una lectura de primera mano, así que el responsable de la síntesis final no puede delegar esta tarea en otros. Además, una lectura cercana y analítica es compatible con una enorme cantidad de pruebas y evidencias. Quienes están familiarizados con la investigación de Archivo, saben que uno puede hojear innumerables expedientes e inspeccionar rápidamente el contenido de

incontables cajas, antes de llegar a un alto repentino, atrapados por un documento que se podría escudriñar durante años. Al igual que una gallina (espero que nadie se moleste por tal comparación) que pasea de acá para allá, echando un vistazo alrededor, antes de arrancar abruptamente un gusano hasta entonces oculto en la tierra. Una vez más, regresamos al *Ansatzpunkte*: aquellos puntos específicos que, como Auerbach argüía, pueden proveer las semillas necesarias para un programa de investigación detallado, que está provisto de un potencial de generalización, o en otras palabras, pueden proveer un caso. Y en este sentido, los casos anómalos son especialmente prometedores, puesto que las anomalías, como Kierkegaard anotó en alguna ocasión, son más ricas desde un punto de vista cognoscitivo que las normas, ya que las primeras incluyen invariablemente a las últimas, pero no al revés⁵².

9. Durante un cierto número de años, los casos han sido el objeto de una atención creciente, que está parcialmente relacionada con los debates en curso sobre la microhistoria: un término cuyo prefijo 'micro' alude, como ha sido repetidamente enfatizado (aunque quizá nunca suficientemente) al microscopio, a la mirada analítica y no a las dimensiones, presuntas o reales, del objeto de estudio⁵³. Pues también la microhistoria, basada en la investigación analítica (por supuesto, de primera mano), apunta hacia la generalización, término cuya



⁴⁹ Moretti, Franco, “The Slaughterhouse of Literature”, *Modern Language Quarterly*, 61, 2000, pp. 207–227.

⁵⁰ Ginzburg, Carlo, “Huellas. Raíces de un paradigma indiciario”, en *Tentativas*, *Op. cit.*, pp. 93–155.

⁵¹ Dällenbach, Lucien, *Le récit spéculaire: essai sur la mise en abyme*, Ed. du Seuil, París, 1977.

⁵² Cf. Schmitt, Carl, *Politische Theologie: Vier Kapitel zur Lehre von der Souveränität*, Ed. Dunckler & Humblot, Munich y Leipzig, 1934, p.33. Agradezco a Henrique Espada Lima, que me hizo conciente de la fuente de esta referencia, que yo me había apropiado inconcientemente.

⁵³ La mejor introducción al tema es todavía el capítulo “Kasus”, en Jolles, André, *Einfache Formen*, Halle, 1930.

comprensión, usual y erróneamente, se da dada por descontada. En cambio, nosotros pensamos que es necesaria una más amplia reflexión que explore el vasto rango de sus variedades, basadas en diferentes puntos de partida (preguntas o respuestas), diferentes tipos de analogía (metonímica, metafórica) y así sucesivamente⁵⁴.

Se podría objetar que en un mundo globalizado no hay lugar para la microhistoria. Pero yo quisiera argumentar lo contrario. Pues la recepción internacional de la microhistoria puede ser interpretada fácilmente desde una perspectiva política. La primera oleada de interés en la microhistoria, después de su nacimiento en Italia, se manifestó en Alemania, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. Esta fue seguida por una segunda ola, más vinculada con las periferias o las semiperiferias: Finlandia, Corea del Sur, Islandia⁵⁵. La microhistoria ha brindado la oportunidad de derribar las jerarquías preexistentes, gracias a la relevancia intrínseca –demostrada a posteriori– del objeto estudiado que estaba bajo escrutinio. Esto es completamente diferente de lo que ha sido llamado “Anglo-globalism” el privilegio

imperialista involuntario de los estudios de literatura comparada escritos en inglés, basados en otros estudios generalmente escritos en inglés, que abordan textos literarios generalmente escritos en otras lenguas distintas del inglés⁵⁶.

La confianza en que la microhistoria puede derribar jerarquías políticas e historiográficas, hunde sus raíces en un pasado distante. No es la tribu “x” la que es relevante, dijo Malinowski en alguna ocasión, sino las preguntas dirigidas a la tribu “x”. Con un espíritu similar, Marc Bloch argumentó que la historia local debe ser encarada a través de preguntas que tengan implicaciones generales. A la luz de lo que he estado diciendo, la convergencia entre antropología e historia parecerá obvia. Porque en un mundo como el nuestro, en el cual algunos historiadores, reaccionando en contra de la pseudouniversalidad del *Homo religiosus* de Mircea Eliade, enfatizan la dimensión etnocéntrica, Romana y Cristiana, de la palabra “religión”, en esta situación, los estudios de caso vinculados a sus contextos específicos parecen prometedores, en la medida en que nos permiten acceder a nuevas generalizaciones,



⁵⁴ Jakobson, Roman, “Due aspetti del linguaggio e due tipi di afasia”, en *Saggi di linguistica generale*, Ed. Feltrinelli, Milán, 1966, pp. 22–45.

⁵⁵ Algunas referencias bibliográficas son, Chasob, Kwak, *Mishisa ran muoshinga*, Ed. Purun Yoksa, Séul, 2000; Ginzburg, Carlo, Ólafsson, David y Magnússon, Sygurdur, *Molar og mygla: Um einsögu og glataðan tíma*, Ed. Reykjavíkur Akademan, Reykiavik, 2000; Magnússon, Sygurdur, “The Singularization of History: Social history and Microhistory within the Postmodern State of Knowledge”, *Journal of Social History*, 36, 3, 2003, pp. 701 – 735; Muir, Edwin and Guido, Ruggiero, *Microhistory and the Lost People of Europe*, Ed. John Hopkins University Press, Baltimore, 1991; Peltonen, Matti, “Carlo Ginzburg and the new microhistory” *Suomen Antropologi*, 20, 1995, pp. 2 – 11; Peltonen, Matti, “Clues, Margins, and Monads: The Micro –Macro Link in Historical Research”, *History and Theory*, 40, 3, 2001, pp. 347 – 359; Revel, Jacques, *Jeux d'échelles: la micro-analyse à l'expérience*, Ed. Gallimard –Seuil, París, 1996.

⁵⁶ Esta crítica ha sido iniciada por Arac, Jonathan, “Anglo-Globalism?”, *Op. cit.*, pp. 35 – 45. En su respuesta, Moretti no toca este tema, en “More Conjectures”, *New Left Review*, 20, marzo – abril de 2003, pp. 73 – 81 (la nota 8 trata sobre el lenguaje usado por los críticos, y no de la aproximación de segunda o tercera mano hacia los textos traducidos, supuestamente desarrollados por el trabajo meta –crítico en una perspectiva comparativa).

generando así nuevas preguntas y nuevas investigaciones⁵⁷. Las respuestas *emic* generan preguntas *etic*, y viceversa.

No quiero terminar mis reflexiones cantando alabanzas a la microhistoria. Y no estoy interesado en etiquetas, pues considero que una mala microhistoria es simplemente una mala historia. Ya que ningún método puede protegernos de nuestras limitaciones y de nuestros errores.

Así que cuando le hablamos a la próxima generación, debemos de ser francos y admitir nuestros defectos, mientras le explicamos aquello que, en contra de todas las probabilidades, estuvimos tratando de hacer. Entonces la próxima generación nos escuchará y hará algo diferente, como siempre ha acontecido. Pues como decía Leonardo da Vinci, 'Triste es el caso del discípulo que no supera a su Maestro'.



Dulce Isabel Aguirre Barrera. "Positivism". 2011
Medios Mixtos. 100 X 90 cm. (© 2011)



CARLO GINZBURG/NUESTRAS PALABRAS Y LAS SUYAS. UNA REFLEXIÓN ... CARLO GINZBURG/NUESTRAS PALABRAS Y LAS SUYAS. UNA REFLEXIÓN ...

⁵⁷ Momigliano, Arnaldo, "Questioni di metodologia della storia delle religioni", en *Ottavo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 1987, pp. 402–407, Smith, Jonathan, *Relating Religion: Essays in the Study of Religion*, Ed. Chicago University Press, Chicago, 2004.